

Un campo de posibilidades



Jorge Huergo

Magister en Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales. Director del Centro de Comunicación y Educación y del Programa de Investigación en Comunicación y Educación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

Lo que ahora podemos llamar campo de Comunicación/Educación nació al compás de intensos debates sobre el sentido de la alfabetización, ya sea para la “modernización” demandada por el difusionismo desarrollista o para la “liberación” soñada por proyectos latinoamericanos. Se nutrió acaso más de la intensidad política de las prácticas revolucionarias o liberadoras, o de los idearios de los “tenderos filosóficos” del MIT o la Universidad de Stanford (como les llama Mattelart), o de perspectivas como la teoría de la dependencia, el enfoque sistémico o

la teología de la liberación, que de las investigaciones propias o ajenas. Indudablemente, el campo de Comunicación/Educación nació como estratégico.

Lo que nació como un campo eminentemente político, estratégico, práctico, en toda América Latina, fue convirtiéndose en “campo académico” en los últimos 15 años, aproximadamente. Comunicación/Educación comenzó a nombrar un objeto de enseñanza y de investigación, una serie creciente de opciones en los estudios de posgrado, un conjunto de eventos de diversa valía. Es

posible que, como fue el desplazamiento de la filosofía socrática a la filosofía de Platón, el campo se deslizó desde una fuerte conexión con la sociedad y la historia (esa aceptación socrática de que la existencia está engendrada por la “ciudad”) hacia lugares más seguros y tranquilos que, de algún modo, suponen cierta sacralidad de instituciones racionales (esa posición platónica que se pretende por encima o por fuera de la “ciudad”).

¿Es una opción “ensanchar” el campo?

Un campo se define, se vivifica y se enriquece por los contextos que le dan origen y que lo configuran y refiguran, más que por las razones o desarrollos immanentes del mismo, por muy sesudamente fundados que estos fueran. Vivimos una etapa nueva en América Latina, con ambigüedades e incertidumbres, pero con aires sociopolíticos prometedoros; y esto provoca necesariamente nuevas reflexiones acerca de nuestro campo, que de hecho es diferente a los desarrollos que el mismo ha tenido en Europa, en América del Norte o en Australia, por ejemplo. No nos anima tanto la novedad de los modelos surgidos en otros contextos ni nos alienta la tentación de copiarlos, sino que nos vivifica la riqueza y el sentido de nuestras propias búsquedas, situadas, estratégicas, articuladas con razones políticas que sueñan con la justicia y la igualdad social y la dignificación cultural de nuestras comunidades. En definitiva, allí la investigación académica debería adquirir sentido.

En este contexto, los objetos y las temáticas de investigación se

multiplican: el impacto producido por la cultura mediática, las denominadas “alfabetizaciones posmodernas” y las oralidades secundarias, el imperativo de incorporación de medios y tecnologías en los espacios educativos, las modalidades en que los jóvenes interactúan con los equipamientos tecnológicos, los alcances formativos de la nueva industria cultural, los nuevos procesos de formación ciudadana en las sociedades periféricas, los polos emergentes de identificación y formación subjetiva, las nuevas significaciones de la formación de formadores, la enseñanza de la comunicación, la comunicación educativa en las escuelas, los alcances de las instituciones educativas en las subjetividades, los nuevos sentidos de la comunicación/educación popular, etc. Más aún si consideramos las inquietudes de tesis de diferentes niveles. Sin embargo, el crecimiento extensivo del campo, ¿se corresponde con un ensanchamiento intensivo del mismo? ¿Cuál es el sentido que anima nuestras investigaciones? ¿En qué medida estamos aportando a la construcción de un lenguaje transdisciplinario?

Provisoriamente, sería posible distinguir tres tipos de ámbitos de comunicación/educación donde podría desarrollarse la investigación: los espacios institucionales educativos, los espacios sociocomunitarios y los espacios mediático-tecnológicos. En todos ellos se llevan a cabo prácticas y se experimentan diversos procesos que podrían ser caracterizados como de comunicación/educación, lejos de los recurrentes reduccionismos de comunicación/educación a los medios, a las “pedagogías de la comunica-

ción”, a los aparatos tecnológicos, a los usos y gratificaciones, a los efectos, etc. A su vez, existe un conjunto de perspectivas que contribuyen teórica y metodológicamente a “hacer hablar” a las prácticas y los procesos de comunicación/educación. ¿Qué tipo de prácticas se están abordando en las investigaciones de este campo? ¿Con qué perspectivas teóricas y metodológicas se realizan esas investigaciones? ¿Qué “han dicho” o “están diciendo” las prácticas y procesos de comunicación/educación en esas investigaciones?

¿Estamos en la huella de un campo político estratégico?

Sin embargo, el crecimiento extensivo del campo académico no melló ni opacó el extraordinario crecimiento del campo de las prácticas, que explotaron a la par de la tormenta depredadora del neoliberalismo, y que parecen seguir una lógica a veces inconmensurable con la dinámica de la investigación académica. En efecto, la crisis de los contratos sociales (y de la misma idea de “cuerpo social”) se dio a la par de la emergencia de diversos lazos sociales. El intento de dismantelamiento de la megainstitución estatal y las formaciones subjetivas que provocaba originó el crecimiento inusitado de organizaciones populares y movimientos sociales que operan como “polos de identificación” y formación subjetiva. El aumento polifacético de la industria cultural y de la idea de una “sociedad de la información” produjo, a la par, una expansión de la comunicación comunitaria y un intento, a veces desparejo, por comprender el sentido estratégico de la

“sociedad del conocimiento”. El crecimiento de la concentración mediática y de su mercantilización dio origen, como contracara, a un estallido de formas y medios de comunicación popular. La crisis de las instituciones formadoras de ciudadanos debida, entre otras cuestiones, a la inadecuación entre los imaginarios de ascenso y movilidad social y las condiciones materiales de vida (el desempleo, la desprotección social y sanitaria, la expulsión social, etc.), provocó cierta fragmentación de la formación ciudadana, a la par de un crecimiento rizomático de lo educativo alrededor de organizaciones, instituciones diversas, espacios sociales e incluso “escuelas populares”.

Lo que llama la atención, en todo caso, es cierta desproporción entre uno y otro ámbito del campo, o entre lo que ocurre en el desarrollo del campo académico y lo que éste elude respecto del crecimiento de la comunicación/educación “social”. Un crecimiento intensivo que a tientas

busca asumir los rasgos conflictivos y complejos de nuestras culturas, que no debería ser escamoteado sino, antes bien, debería ser acompañado y potenciado por la investigación académica. Es cierto que la investigación universitaria ha hecho un significativo esfuerzo por comprender procesos de comunicación/educación, aunque muchas veces lo haga de manera endogámica y, a veces, inmanente. Si no se persistiera en ese esfuerzo, quizás valdría la afirmación de Richard Hoggart: si no hiciéramos investigación para transformar nuestra realidad, la investigación sería estéril.

Algunas zonas de articulación

En este sentido, acaso pueda observarse una zona de articulación entre el desarrollo del campo académico y el crecimiento de la comunicación/educación “social”, considerando los diversos espacios de prácticas y procesos comunicacionales/educativos. En esa zona, al menos son cua-

tro las categorías transversales que dan cuenta de un significativo esfuerzo por “hablar” el campo desde las mediaciones culturales: institucionalidad, gramaticalidad, tecnicidad y subjetividad. En cada una de ellas, los estatutos de “comunicación” y de “educación” explotan, y las prácticas y procesos de comunicación/educación se desplazan, a veces se dispersan, pero también se resignifican adquiriendo nuevas densidades.

La *institucionalidad* es esa dimensión que da cuenta del poder de regulación social (comunitario, grupal, organizacional) sobre el comportamiento individual. Como tal, es una constricción de la experiencia social concretada bajo las formas de políticas, leyes, normas, pautas, etc. Estas formas culturales operan sobre los sujetos al modo de marcos dentro de los cuales ellos manejan el grado de autonomía que su posición social u organizacional les tiene asignada. En este sentido, la idea emergente de “comunidad” sugiere la existencia de una sociedad fragmentada y de una institucionalidad desbordada. La comunidad no debe pensarse como un lugar de comunicación armoniosa, sino como un espacio de “armonía conflictiva”, donde se producen las identificaciones, que hoy aluden a procesos claramente condicionales y que se afincan en la contingencia. En este sentido, la institucionalidad bajo la forma de comunidad es “polo de identificación”, a su vez comunicacional y educativo.

Es cierto que la investigación universitaria ha hecho un significativo esfuerzo por comprender procesos de comunicación/educación, aunque muchas veces lo haga de manera endogámica y, a veces, inmanente. Si no se persistiera en ese esfuerzo, quizás valdría la afirmación de Richard Hoggart: si no hiciéramos investigación para transformar nuestra realidad, la investigación sería estéril.

La *gramaticalidad* cultural alude al conjunto de tradiciones y regularidades sedimentadas a lo largo del tiempo; los modos de hacer y de pensar aprendidos a través de la experiencia organizada; las reglas de juego y supuestos compartidos que no se ponen en entredicho y que posibilitan llevar a cabo la acción específica de la organización o institución, produciendo una lectura y resignificación de lo nuevo; pero también las formas de resistencia que burlan ciertos dispositivos y regulaciones. Aquí adquiere relevancia la idea de “socialidad” como forma cotidiana de orientación al otro y de interacción singular ligada a la experiencia, que se desarrolla más allá o a pesar del “contrato social”. Una trama que forman los sujetos en su lucha por horadar el orden y rediseñarlo, pero también en sus negociaciones cotidianas con el poder y las instituciones.

La *tecnicidad* es ese organizador perceptivo que representa la dimensión donde se articulan las innovaciones técnicas a la discursividad. Este concepto permi-

te alejarnos de considerar a la técnica como algo exterior o como vehículo, para entenderla como articuladora de los procesos de apropiación cultural. La técnica, entonces, no posee “efectos” instrumentales y lineales, sino que se articula en la cultura cotidiana, de modo de producir transformaciones en el *sensorium* (como lo señalaba Walter Benjamín), esto es, en los modos de sentir y percibir y en las formas de producirse la experiencia social.

La *subjetividad*, finalmente, alude a un proceso de mediación entre el “yo” que *lee y escribe* y el “yo” que *es leído y escrito* (donde el yo depende siempre de un nosotros, de una pertenencia identitaria).

Como sugiere Stuart Hall, debemos pensar hoy la formación subjetiva (así como la “sutura” de la identidad) no ya como algo estable, permanente, más o menos fijo, sino como “puntos de adhesión transitoria”, que consiste en el hacerse efectivo el enlace del sujeto con estructuras o sistemas de sentido.

Un cierre (un interrogante central)

Las investigaciones en comunicación/educación en América Latina, muchas veces eluden un interrogante central: ¿qué sentido tiene “comunicación/educación” en las investigaciones? ¿De qué modos se aborda esa relación tensa, conflictiva, compleja e interdisciplinaria? ¿De qué formas se está resignificando el carácter político-estratégico de comunicación/educación en nuestro tiempo? Frecuentemente, y leyendo entre líneas, se observa una gran dispersión del sentido, lo que demanda una mayor reflexividad. Tal vez aquí se juegue la resignificación del sentido político-cultural del campo. Acaso las búsquedas múltiples y prolíficas, que dan cuenta de ese crecimiento extensivo del campo académico de comunicación/educación, deban articularse a través de la provocación y la reflexión que susciten esos interrogantes. No tanto para disciplinar las búsquedas, sino para potenciar el carácter político-estratégico del campo.

